

El Josefino[®]

Nº 41 Mayo 2022
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

“UNA VOZ
SE OYE EN
RAMÁ”

Pág. 6

BEATO
GASPAR BONO
Y SAN JOSÉ

Pág. 12

“Allí te daré mis amores”.

(Cant. 7,13)

SUMARIO

... Al lector...



	Pág.
AL LECTOR	3
“PROTECTOR DE MI FAMILIA”	4
“UNA VOZ SE OYE EN RAMÁ”	6
“LA DIGNIDAD DEL TRABAJO HUMANO A LOS OJOS DE DIOS”	10
BEATO GASPAR BONO Y SAN JOSÉ	12
“COMPARACIÓN DE LOS DONES DE SAN JOSÉ CON LOS DE LOS APÓSTOLES, EVANGELISTAS Y PASTORES”	14

Estimados Josefinos:

Nuestra devoción a San José no sería sólida y provechosa, ni mucho menos agradable al santo si, contentándonos con admirar la grandeza de sus dones y excelencias, no nos propusiéramos imitar fiel y amorosamente sus virtudes.

¿Qué mérito habría en venerar a los santos y encomiar sus triunfos y no querer seguir sus huellas echando a un lado sus virtudes?

Por tanto, el obsequio más grato que les podemos rendir es, sin duda ninguna, copiar en nuestras almas y en nuestras vidas los ejemplos de perfección que nos legaron. Ésta es la fuerza y virtud de la verdadera devoción: Impulsarnos a seguir las huellas de los santos a quienes amamos por cuanto el amor o “nos supone iguales o nos hace iguales”.

El Evangelio, al declarar a San José como varón justo, es decir, santo, nos está diciendo que practicaba a la perfección todas las virtudes. Si verdaderamente queremos tener favorable para con nosotros a San José es necesario que vea en nosotros un decidido empeño en hacernos semejantes a él.

No descansemos en imitar sus virtudes. Y si nuestras débiles fuerzas no llegan a la sublimidad de su santidad, esforcémonos por lo menos en copiar en nuestras almas cuanto podamos de ella con los auxilios de la divina gracia y su poder.

La Redacción.



Oración A SAN JOSÉ

“Protector de mi familia”

San José,
protege nuestro hogar.
Derrama del cielo
bendiciones sobre
nuestra familia.

Quédate en medio
de nosotros.
Ayúdanos a vivir
en amor y armonía,
en paz y alegría.

Que el santo temor
de Dios nos fortalezca
para que la virtud
adorne lo que hacemos
y nuestro camino
nos lleve al cielo.

A ti hoy te doy la llave
de nuestra morada.
Aleja todas las cosas
que podrían hacernos daño.

Encierra mi hogar,
y mis seres
queridos conmigo,
en los Corazones
de Jesús y María.

Esto os ruego,
San José bendito,
que nuestros días
sean como vuestros días
en el santo Hogar de Nazaret.

Amén



Después que se marcharon los Magos, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, coge al Niño y a su Madre y huye a Egipto, porque Herodes va a buscar al Niño para matarlo”. (Mt 2,13).

Jamás nadie podría imaginar lo que sentiría el corazón de San José cuando escuchó al Ángel. Parecía que la cruz seguía sus pasos y se ensanchaba cada vez más. Apremiante era el mensaje, tanto como el peligro.

Herodes I el Grande, usurpador y cruel, vio el prodigio de los Magos, oyó la profecía de Miqueas, pero no le interesó conocer la verdad y su obligación para con Dios. Buscó su egoísmo propio, buscó quitar de en medio al que pudiera disputarle el trono. El cruel hombre ignoraba que le quedaban solo unas semanas para presentarse a dar cuentas de sus actos ante Dios, Juez “tremendo” para los malvados...

San José, angustiado pero sereno en brazos de Dios, veía que se cernía el peligro sobre su Hijo. Pero Dios no le abandonaría a la crueldad de Herodes. No estaba nervioso consigo mismo como lo estaría el sanguinario rey. Al contrario de Herodes con su idea fría y feroz, calculando los tiempos para hacer mejor la jugada criminal, San José se disponía a obedecer la voz del Ángel con amorosa resignación. Si a Herodes solo le interesaba durar en el mando y no ser depuesto del trono, a San José, en cambio, solo le ocupaba la Voz de Dios manifestada por uzno de sus

mensajeros. ¡Qué bien guiaba el Señor a San José porque solo veía en él la arcilla blanda, moldeable, dúctil!

Y es que nuestro santo era la misma sencillez y sinceridad. Sabía obedecer fidelísimamente como el que más; pero sabía actuar también con cierta astucia santa para defender lo que más adoraba en su vida: Jesús. Y si mil veces hubiese podido ofrecer su vida por Él, sin duda la hubiese ofrecido; y así no temía presentarse ante la “Bestia devoradora” si fuese el caso. Pero Dios le iba a mostrar otro camino: el del país de las pirámides: Egipto. Estaba preparado mansamente para el combate y para aceptar imperturbable el reto del rey pagano. De sobra conocía él la superficialidad de su contrincante, las sutilezas de sus argumentos, la inconsistencia de todo su proceder y sus falacias.

La fuerza inquebrantable de su fe lo hizo huir no por miedo, sino por algo más sublime: ser el defensor y custodio de Aquél que el Eterno Padre le había confiado.

Apremiante coge al Niño y a su Madre, aquellos dos Seres que le eran tan queridos y, presurosamente, se dirige hacia Egipto por la ruta opuesta a la de Jerusalén. Egipto, donde la familia de Abrahán se convirtió en nación y que en el curso de los siglos fuera siempre lugar de refugio para los descendientes de Abrahán instalados en Palestina, protegería ahora a aquel “descendiente” de Abrahán.

Y, mientras tanto, Herodes excita-

Meditación JOSEFINA

“Una voz se oye en Ramá”



do por creerse burladas sus esperanzas inicuas por todas partes, montado en cólera, juró matar al Niño, heredero del Trono de Israel. ¿Qué envidia y qué ira no podríamos imaginar? Pero ¿qué podrían la malicia de los grandes y poderosos del mundo contra la Providencia del Señor?

A pesar de todo, mandó Herodes ejecutar sus órdenes sanguinarias con ánimo de matar a Jesús.

Ya se le había aparecido el Ángel a San José; y él, con esas entrañas de cariñoso padre y de amante esposo se conmovió tristemente con solo pensar en la pérdida posible de su Hijo y en el dolor indudable de María, su Esposa. Pero también su corazón amante de todo lo bueno y recto, sentiría dolor al ver la maldad ajena. ¡Cuántos pensamientos, tal vez, hubiesen querido penetrar en su corazón como dardos malignos! Pero tampoco ahora se dejó envenenar por ellos. Estaba profetizado y entraba en los planes eternos que se celebrara el advenimiento del que por todos debía morir en la cruz con el triunfo de mártires Inocentes. Confesarían a Jesús, no con sus lenguas sino con sus infantiles vidas.

Varios caminos conducían desde Belén al país de los Faraones. Es probable que la Sagrada Familia se encaminase hacia el límite meridional de Palestina, por Hebrón y Bersabee y que, desde allí, entrasen por el desierto de Farán donde no faltaban varios caminos bastante directos. Solo al cabo de unas semanas de marcha arribarían a la

antigua provincia de Gesen habitada durante mucho tiempo por los hebreos. De allí, después de una parada cerca de Heliópolis, llegarían a Menfis, donde vivieron todo el tiempo que duró su permanencia en Egipto.

Y así el Niño se le escapó de las manos al violento rey porque, aunque no tenía tanta policía secreta como Herodes, tenía aquellos “cortesanos celestiales” que ya le habían prestado sus servicios, por primera vez, la noche de su Nacimiento en Belén.

Y pensaría San José... ¿Cuántas habrán sido las víctimas...? Las víctimas, sí, que habrían gozado del privilegio de ser los primeros mártires de Cristo. Crimen espantoso de todos modos... Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: *“Una voz se ha oído en Ramá, llanto y alarido grandes: la voz de Raquel que llora a sus hijos, y no ha querido ser consolada porque ya no existen”* (Jer 31,15).

“De la boca de los inocentes, Señor, has sacado tu alabanza...”, dice el profeta Jeremías anunciando la gloria evangélica de los niños. Sí, la matanza de los inocentes por Cristo, la Víctima Inocente. Y nosotros hemos de inclinarnos sobre este martirio cruento para meditar cómo ahí está la mejor gloria que el hombre da a Dios muriendo. Todos los trabajos de San José no hubiesen sido nada; todas sus reflexiones hubiesen sido en balde y hubiesen quedado como un diminuto añadido al lado de la gran entrega de su vida, ni siquiera pensada, simplemente porque estaba en las manos de Dios.

No hacía falta que a San José, tal vez, le hubiese alcanzado la muerte sangrienta por defender a Jesús y para que su muerte se uniera a la de su Hijo. Le bastaba ser un siervo a los pies de su Señor, siempre preparado y fiel, y así esperar también él su muerte en un acto supremo de servicio a su Creador.





*“La dignidad
del trabajo humano
a los ojos de Dios”*

San Juan Pablo II, en la festividad de San José en 1990, se dirigió a un grupo numeroso de obreros con estas palabras:

“San José, la persona más cercana al Señor después de María, Madre Virgen de Jesús, era un trabajador no un científico ni un doctor de la ley; ni un líder político, ni un sacerdote, sino un **carpintero**. Y esto no por casualidad, sino por Voluntad de Dios Padre. Con ello se pone de manifiesto cuánto cuenta el trabajo humano, por más humilde que sea, a los Ojos de Dios, a los Ojos de su Hijo Jesucristo que quiso nacer en una familia de trabajadores y que, como enseña San Pablo: “siendo rico –porque era Dios– por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquezcáis con su pobreza” (II Cor 8,9)...

¿En qué sentido “ricos”? En un sentido que sobrepasa el simple dato material y toca la dimensión espiritual del hombre, que es aquella en la que se funda su dignidad de persona. Al elegir para sí como “padre nutricio” un carpintero y hacerse Él mismo carpintero, Cristo ha enriquecido el trabajo humano con una dignidad inigualable. Ahora quien trabaja sabe que realiza algo divino, que puede ponerse en relación con la obra inicial del Creador...

Ahora, quien se fatiga en el cumplimiento de su deber profesional –cualquier deber, con tal de que sea honesto– puede sentirse “rico” en la dignidad que el Señor ha conferido a todo trabajo y a todos los trabajadores”

(San Juan Pablo II, a los obreros de Ivrea, Italia, 19 de marzo, 1990)

Beato Gaspar Bono y San José

Gaspar vino al mundo el día 5 de enero de 1530 en Valencia, España.

A los veinte años se alistó en el ejército del Emperador Carlos en busca de fortuna. Posiblemente, el hecho de ser tartamudo lo alejó de la idea de hacerse sacerdote. Durante unos diez años fue militar intentando llevar una vida devota y religiosa. Cayó gravemente herido en batalla y los enemigos le golpearon la cabeza dejándolo por muerto. Gaspar hizo la promesa de ingresar en un convento de la Orden de San Francisco de Paula si vivía. Y así fue: Abandonó las armas de un príncipe terreno para militar a las órdenes de Cristo Rey.

Vivía sin salir casi nunca del claustro orando por los pecadores y haciendo vida eminentemente contemplativa.

Murió el 14 de julio de 1604 y fue beatificado el 17 de septiembre de 1786 por S.S. Pío VI.

Se distinguía por su tierna, filial y sólida devoción para con San José. Después de Jesús y María, era San José el santo de quien hablaba con mayor estima y por quien trabajaba con mayor afecto. Este afecto extraordinario se manifestaba en la invocación de su nombre suavísimo, que siempre juntaba a los de Jesús y María.

Nunca emprendía cosa ninguna sino en nombre y con el auxilio de **Jesús, María y José**. Estaba íntimamente convencido de que todo su bien se hallaba encerrado en esta **Trinidad terrena**, y de que todos los tesoros de gracias le habían de venir de Jesús, como de su fuente, por María como canal; y de San José como de caño, por el cual llegarían a su alma.

Y como vivió, así deseó morir: En su última enfermedad suplicó con vivas instancias a los que le cuidaban que cuando lo vieran en la agonía, próximo a expirar, no le sugiriesen otra jaculatoria sino su favorita: "**Jesús, María, José**", como si todos su afectos y esperanzas se comprendiesen y encerraran en estos tres nombres y en ellos cifrara su consuelo al entregar su espíritu al Señor.

Y el Señor satisfizo sus ardientes anhelos dado que sus últimas palabras, después de haber exclamado: *Mi buen Jesús, tened compasión de mí*, fueron: **Jesús, María y José**.

Con razón
ERES AMADO

(Cant. 1,4)



V. Retrato del B. GASPAR BONO del Ord. de S. Agustín.
A devoción de un Relig. Mínimo, quien le dedica a lab. D. Duquerac. G. 13



Josefología

“Comparación de los Dones de San José con los de los Apóstoles, Evangelistas y Pastores”

San Pablo, escribiendo a los Efesios, habla así de estos dones: “Él constituyó a los unos Apóstoles, a los otros Profetas, a éstos Evangelistas, a aquellos Pastores y Doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo...”.

La dignidad de los **Apóstoles** incluye cuatro propiedades: la primera: anunciar, la segunda: iluminar; la tercera: reconciliar; la cuarta: hablar por el Espíritu Santo.

Estas propiedades son eminentísimas, pues nacen de Cristo, están inmediatamente bajo Él y en Él tienen su razón de ser. Las **propiedades de San José** son: Sus desposorios con la Reina de los cielos, el ser llamado padre del Rey de los Ángeles, defender al Mesías anunciado por la ley de los judíos y educar al Salvador. Y estas propiedades son inmediatamente anteriores a Cristo, se ordenan a Él y en Él tienen su razón de ser. Por eso, pensemos y comparemos la dignidad de los Apóstoles con la majestad de San José, y veremos la excelencia, dignidad, santidad e inefable perfección de él.

La dignidad de los Apóstoles no quedará defraudada por eso, sino que Dios aparecerá más exaltado por los dones ocultos de su padre putativo.

Los **Profetas** tienen estas tres funciones: la primera, una iluminación superior, como afirma San Pedro; la segunda, la interpretación de las Escrituras; la tercera,

la revelación de cosas ocultas (precisamente por eso son llamados Profetas).

Estas funciones les convienen solo a través de figuras y enigmas, como la luz mezclada con las sombras. San José, sin embargo, mediante la revelación del Ángel, conoció con toda claridad el supremo Misterio del Hijo de Dios, fin al que se ordenaron todos los Profetas.

Conocido este Misterio, conoció también profundísimamente los más ocultos sentidos de la Escritura; y, alimentando al Hijo de Dios, procuró que este misterio fuese, en su debido tiempo, manifestado a todo el mundo. Y así preparó la materia de los escritos evangélicos: fue para los Evangelistas la fuente o fundamento de sus afirmaciones, como el sujeto de una ciencia lo es para esa ciencia.

San José, dando su vida y su hacienda por el Rey del cielo, ahuyentó no a lobos, sino a tiranos crueles; y con su ejemplo invitó a los demás a entregarse al culto de Cristo mereciendo así ser constituidos eternamente en hijos de Dios.

Por eso debemos enaltecer las altísimas virtudes de San José que le hicieron digno de ser comparado a los más ilustres varones y a las más altas dignidades. De ahí que San Mateo, el primero de los Evangelistas hable antes, al comenzar su Evangelio, de la nobleza de San José en el orden temporal y luego de la de su alma, para llevarnos por este doble camino al conocimiento y veneración de Cristo”

(Isidoro de Isolano, O.P. “Suma de los Dones de San José” P.3ª. Cap.19. Extracto)



Ejército Blanco

Síguenos en:



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

**Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.
E-mail: revistaeljosefino@gmail.com**

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>